ISSN: 0122-2066 | **eISSN:** 2145-8499
Anuario de Historia Regional y de las Fronteras
vol. 31 n. °1

Prensa y Protesta Social: El Paro Cívico Nacional de 1977 en Colombia

Press and Social Protest: The National Civic Strike of 1977 in Colombia

Imprensa e Protesto Social: A Greve Cívica Nacional de 1977 na Colômbia

Anderson Paul Gil-Pérez[1]

[1] Doctor en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Sinaloa. Profesor e Investigador de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Colima, México. Correo electrónico: agil1@ucol.mx Código **ORCID:** 0000-0002-9741-4220

Fecha de postulación: 26/11/2024
Fecha de aceptación: 26/09/2025

Referencia para citar este artículo: Gil-Pérez, Anderson Paul. «Prensa y Protesta Social: El Paro Cívico Nacional de 1977 en Colombia». *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 31.1 (2026): pp. 137-162 DOI: https://doi.org/10.18273/revanu.v31n1-2026005

Resumen

Se analiza la cobertura de la gran prensa política al proceso de movilización social conocido como el Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977. Se revisan los discursos de los diarios *El Tiempo, El Espectador,* y *El Siglo,* lo que permite establecer como resultado tres posiciones periodísticas hegemónicas: 1) la negación mediática del paro, 2) la estigmatización de los actores y organizadores, y 3) la justificación de la acción represiva gubernamental. A su vez, desde la comparación se hace un contraste con el discurso disruptivo que desarrolló el diario *La República*, que defendió la acción colectiva y cuestionó al gobierno nacional desatando la combatividad de los otros diarios como parte de su apuesta político-editorial de oposición al gobierno de Alfonso López Michelsen.

Palabras clave
Autor: prensa política; acción colectiva; paro cívico; contienda política

Abstract

This study analyzes the coverage of the major political press of the social mobilization process known as the Civic Strike of September 14, 1977. The discourse of the newspapers El Tiempo, El Espectador, and El Siglo is reviewed, allowing us to establish three hegemonic journalistic positions: 1) media denial of the strike, 2) stigmatization of the actors and organizers, and 3) justification of the government's repressive action. At the same time, a comparison is made with the disruptive discourse developed by the newspaper La República, which defended collective action and questioned the national government, unleashing the combativeness of the other newspapers as part of their political-editorial commitment to oppose the government of Alfonso López Michelsen.

Key words
Author*: political press; collective action; civic strike; political dispute.*

Resumo

Analisa-se a cobertura da grande imprensa política ao processo de mobilização social conhecido como Paro Cívico (Greve Geral) de 14 de setembro de 1977. São analisados os discursos dos jornais El Tiempo, El Espectador e El Siglo, o que permite estabelecer três posições jornalísticas hegemônicas: 1) a negação da greve pela mídia, 2) a estigmatização dos atores e organizadores e 3) a justificativa da ação repressiva do governo. Por sua vez, a partir da comparação, faz-se um contraste com o discurso disruptivo desenvolvido pelo jornal La República, que defendeu a ação coletiva e questionou o governo nacional, desencadeando a combatividade dos outros jornais como parte de sua aposta político-editorial de oposição ao governo de Alfonso López Michelsen.

Palavras-chave
Autor: *imprensa política; ação coletiva; greve cívica; disputa política*

1. Introducción

Este trabajo tiene como objetivo analizar la cobertura que la gran prensa política dio al paro cívico nacional (PCN) del 14 de septiembre de 1977 en Colombia. Se entiende como gran prensa política aquella de mayor circulación y tiraje más amplio, con una mayor cercanía al poder político gubernamental y con una agencia mucho más compleja que la que tienen los diarios regionales.[1] En esa medida, se busca identificar las regularidades en el cubrimiento periodístico, explorar las vinculaciones visibles con los actores e instituciones y destacar las tensiones entre estos grandes medios.

Periódicos como *El Tiempo, El Espectador, El Siglo y La República* formaron parte central de la gran prensa política del país y compartieron ciertos ejes generales en su cobertura de los conflictos del sistema político colombiano durante la segunda mitad del siglo XX.[2] En particular, durante los años sesenta a ochenta, esta gran prensa política tuvo cierta homogeneidad, en el contexto de desmonte del Frente Nacional y el bipartidismo, que establecieron patrones articuladores del comportamiento periodístico frente al conflicto social, la acción colectiva y la contienda política, las cuales modificaron las relaciones de tensión y censura que se habían desarrollado en las décadas anteriores durante los gobiernos conservadores y el de Gustavo Rojas Pinilla.[3] Asimismo, se presentaron tensiones vinculadas con las facciones políticas como el Ospino-Pastranismo que se distanciaron del gobierno de Alfonso López Michelsen. El análisis de *El Tiempo,*[4] *El Espectador,*[5] *El Siglo*[6] *y La*

[1] Valencia, Alberto. *La invención de la desmemoria. El juicio político contra el general Gustavo Rojas Pinilla en el Congreso de la República (1958-1959)* (Cali: Universidad del Valle, 2015).

[2] En tanto que se apuesta por un análisis de la gran prensa política o grandes diarios impresos, en este trabajo no se aborda lo relacionado con la cobertura que hicieron del PCN otros impresos como Voz Proletaria, Alternativa, o los diarios importantes regionales como *Vanguardia, El Colombiano, La Patria, La Tarde, El País,* etc.

[3] Vallejo, Mary Luz. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006); Ayala Diago, César. *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional. Una aproximación desde el análisis crítico del discurso (ACD)* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008); Ayala Diago, César. *Anocheció de golpe. Colombia entre la fiesta política y la ilusión, 1953-1954* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2023); Acuña, Olga. «Censura de prensa en Colombia, 1949-1957», en *Historia Caribe* 8.23 (2013): 241-267.

[4] *El Tiempo* fue constituido por Alfonso Villegas Restrepo en 1911 y fue adquirido por Eduardo Santos Montejo en 1913. Desde su inicio defendió las ideas republicanas y liberales, siendo el principal vocero del PLC durante el siglo XX. A partir de los años 40 y 50 se convierte en un defensor del anticomunismo y en los años sesenta y setenta en la salvaguarda del Frente Nacional. En el periodo de estudio su director fue Roberto García Peña.

[5] *El Espectador* fue creado por Fidel Cano Gutiérrez en 1887 en Medellín y adquirió circulación nacional en 1915 con la dirección de Luis Cano. Durante el siglo XX, es un diario defensor del pensamiento liberal y de la doctrina de este partido, con posiciones tenuemente moderadas respecto de *El Tiempo*. En el periodo de estudio su director fue Gabriel Cano y Guillermo Cano.

[6] *El Siglo* fue constituido por Laureano Gómez y José de la Vega en 1936. Es un diario cercano al ideario del Partido Conservador desde la facción laureanista, con posiciones bastante confrontadoras a la acción colectiva. En el periodo de estudio sus directores fueron Alfredo Araujo Grau y Álvaro Gómez Hurtado.

República[7] se desarrolla desde la perspectiva de los estudios de prensa.[8] En este enfoque, los diarios son plataformas de divulgación y comunicación noticiosa, al tiempo que trascienden en su comportamiento público como actores políticos y sociales de la esfera pública, con la capacidad de influir, promover, rechazar o validar las acciones de los gobiernos y la ciudadanía.[9] Para ello, metodológicamente se hace análisis discursivo de los impresos con base en la coyuntura de movilización social que se presentó en el mes de septiembre de 1977, lo que se articula con las propuestas de Borrat y Fontcuberta, en la perspectiva del funcionamiento de estos diarios como actores sociales y políticos, es decir, con agencia.

Esta perspectiva ayuda a la comprensión del comportamiento de la prensa política colombiana durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque a menudo se considera a los impresos de mayor tirada como homogéneos, también es cierto que, dependiendo de las facciones políticas a las que pertenecían o representaban, surgieron profundas tensiones frente a figuras presidenciales y procesos sociales concretos.[10] Del mismo modo, pone de presente el problema de la movilización social como una preocupación periodística por su desarrollo e impacto en la dinámica política.

El análisis propuesto implica tres momentos: 1) Se reconstruye la dinámica política de tensión en el mandato de López Michelsen (1974-1978), que se derrama el 14 de septiembre de 1977 con el PCN. 2) Se revisan las posiciones de la prensa política seleccionada en tres etapas: a) la negación política del paro, b) la estigmatización de los organizadores y c) la justificación de la reacción represiva del gobierno. Y 3) Se analizan las tensiones que surgieron entre *La República* y los otros diarios frente al paro cívico y López Michelsen. Así, el artículo demuestra que, si bien la gran prensa política buscó construir un discurso homogéneo y hegemónico frente al paro cívico, también evidenció tensiones internas que reflejaron las dificultades de consolidar un bloque político dominante por parte del gobierno nacional.

2. De la censura a la interdependencia entre prensa y gobierno

Colombia vive en la segunda mitad del siglo XX procesos de continuismo, inestabilidad y construcción de olvido. La historiografía identifica una serie de binomios para explicar esta contradicción orden y violencia, y modernización y

[7] *La República* fue creado por Mariano Ospina Pérez y Julio C. Hernández en 1954. Es un diario conservador en lo político y liberal en lo económico, defensor de la facción Ospino-Pastranista del Partido Conservador Colombiano (PC). En el periodo de estudio sus directores fueron Rodrigo Ospina Hernández y Mario Laserna Pinzón.

[8] Acevedo, Álvaro, y Villabona, Juliana. «La prensa como fuente documental para el análisis y la investigación social», en *Historia Y Memoria* 20 (2020): 347-273; Gil Pérez, Anderson Paul, «Estudios históricos de la prensa. Fuente primaria, objeto de investigación y actor político», en *Fuentes Humanísticas* 34.64 (2022): 143-163; Río, Manuel A. «Usos y abusos de la prensa como fuente de datos sobre acciones colectivas», en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 16 (2008): 59-84.

[9] Borrat, Héctor, y Fontcuberta, Mar De. *Periódicos: sistemas complejos y narradores de interacción* (Buenos Aires: La Crujía Ediciones, 2006).

[10] Posada Carbó, Eduardo. «Prensa y democracia en la historia de Colombia», en Un papel a toda prueba: *223 años de prensa diaria en Colombia*», Bogotá, Banrepcultural, 2012.

conflicto.[11] Aunque el país evidencia regularidades en su comportamiento político y social en contraste con los países latinoamericanos, también enfrenta una violencia fratricida desde los años treinta,[12] que provoca transformaciones en las formas de asentamiento poblacional, la distribución de la tierra y la configuración de los territorios rurales y urbanos. Este fenómeno convierte a las ciudades en espacios en disputa por el poder político y social, mientras el campo sigue siendo el escenario de la emergencia de nuevos actores individuales y colectivos que lideran la confrontación con el Estado.[13]

En una sociedad inmersa en dinámicas de tensión y conflicto entre finales de los años cuarenta y comienzo de los años cincuenta, se consideró, al igual que en otros países latinoamericanos, que la solución radicaba en la fuerza y contundencia del estamento militar, o lo que Correa denomina las «botas militares para salvar la democracia».[14] Esto es el establecimiento de un gobierno militar que pudiera restaurar o imponer el orden y el progreso. A partir de un pacto entre élites políticas y fuerzas militares se determinó que la restauración de la «estabilidad perdida» podría lograrse mediante el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla y su tarea de la pacificación del país.[15]

Además de los actores armados que se organizaban en los campos colombianos, Gustavo Rojas Pinilla identificó otro enemigo de la estabilidad política: los medios de comunicación y, en particular, la prensa política. Aunque debe señalarse que esta posición fue más de continuidad respecto de los presidentes que lo precedieron como Mariano Ospina, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta –designado a la Presidencia–.[16] Sin embargo, Rojas Pinilla no solo continuó con la censura de prensa, sino que la radicalizó al establecer los llamados censores militares de prensa y exigir que el periodismo contribuyera a la construcción de su imagen pública.[17]

[11] Roll, David. *Inestabilidad y continuismo en la dinámica del cambio político en Colombia* (Bogotá: ICFES, 1999); Pécaut, Daniel. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Bogotá: Editorial Norma, 2001); Pécaut, Daniel. *Crónica de cuatro décadas de política colombiana* (Bogotá: Editorial Norma, 2006); Acevedo Tarazona, Álvaro. *Modernización, conflicto y violencia en la Universidad en Colombia: AUDESA (1953-1984)* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2004).

[12] Las discusiones historiográficas coinciden en que la Violencia Política que se manifiesta fuertemente en los años cincuenta tiene su etapa de desarrollo en la violencia bipartidista rural de los años treinta, en especial en regiones como Santander, Boyacá y Caldas. *Cfr*. Guerrero, Javier. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia* (Bogotá: IEPRI, 1991); Correa, Jhon Jaime y otros. *Botas militares para salvar la democracia: miradas a las acciones de pacificación en la gobernación de Caldas, 1953-1964* (Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2020).

[13] Palacios, Marco. *Violencia pública en Colombia, 1958-2010* (Bogotá: FCE, 2012); Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, 1978); Karl, Robert. *La paz olvidada. Políticos, letrados, campesinos y el surgimiento de las FARC en la formación de la Colombia contemporánea* (Bogotá: Librería Lerner, 2018).

[14] Correa y otros.

[15] Ayala Diago, César. *Anocheció de golpe…*

[16] Durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta, se definieron una serie de controles normativos sobre la libertad de prensa que llevaron a un control sobre la producción informativa con base en que los medios de comunicación habían tenido una participación especial de culpabilidad en los acontecimientos de abril de 1948 (asesinato de Gaitán y Bogotazo).

[17] Ayala Diago, César. *Anocheció de golpe…*

La exigencia de Rojas Pinilla a la prensa fue exaltar la imagen del gobierno y de su persona. Se buscó que prevaleciera la narrativa de un líder que salvaba la democracia colombiana de la guerra civil desencadenada después de abril de 1948 con el Bogotazo. Sin embargo, aunque en un principio la prensa presentó a Rojas Pinilla conforme sus intereses, este elogio periodístico duró poco, con lo que llegaron las tensiones entre los dos actores: gobierno y prensa.[18]

Las prácticas coercitivas que fueron implementadas por Gustavo Rojas Pinilla llevaron a que los diarios colombianos y sus directores, editores, reporteros, caricaturistas, etc., experimentaran la de la censura directa. Lo que se acompañó con el cierre de casas editoriales y la aparición de dificultades técnicas, fiscales y policiales para otros diarios que se mantuvieron en circulación. No obstante, con la llegada de la Junta Militar en 1957, el panorama se transformó parcialmente, ya que se inició la construcción del Frente Nacional como un periodo de acuerdos y pactos entre los dos partidos políticos, Liberal y Conservador.

El Frente Nacional propició una renovación en las relaciones entre la gran prensa política colombiana y el poder político hegemónico de los liberales y conservadores. Puede decirse que fueron muchos los procesos políticos y sociales en los que ambos sectores trabajaron en forma articulada para conseguir la estabilidad política y social que anhelaban los dirigentes políticos.[19] Entre todos estos procesos, dos fueron centrales: El primero fue la defensa del Frente Nacional como un nuevo pacto de país, como la refundación de una segunda república, un periodo de paz y reconciliación, en el que la pacificación era posible gracias a la distribución del poder político;[20] y el segundo, fue la construcción de una política de la desmemoria sobre el pasado violento reciente.[21]

La consolidación de este ambiente de pacto bipartidista influyó para que las relaciones entre el gobierno y la prensa política fueran colaborativas. Por encima de las contrariedades ideológicas y las tensiones entre los liderazgos nuevos e históricos de las colectividades partidistas estuvo la convicción de consolidar el Frente Nacional. Las líneas editoriales de la gran prensa política unificaron sus planteamientos para el abordaje de la contienda política, la cuestión social y la violencia urbana y rural que todavía, aunque en menor medida, se manifestaba, ahora con el surgimiento de grupos guerrilleros como las FARC, el ELN y el EPL, entre otros.

---

[18] La escalada de las pugnas entre poder político y poder periodístico tuvieron muchos episodios, siendo los más destacados el cierre de los dos periódicos de mayor circulación, *El Tiempo* (agosto de 1955) y *El Espectador* (septiembre de 1956), así como el debate público que se generó por el asesinato del periodista pereirano Emilio Correa Uribe. Vallejo, *A plomo herido*…

[19] Hartlyn, Johathan. *La política del régimen de coalición, la experiencia del Frente Nacional en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993).

[20] Ayala, *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo*…

[21] Como lo plantea Alberto Valencia, este esfuerzo se centró en hacer incomprensible los procesos de violencia ocurridos desde los años treinta hasta los años cincuenta. Esto implicó desmarcar de las responsabilidades a los partidos políticos, encubriendo la discusión bajo la premisa de que los responsables de desatar la violencia política fueron los campesinos, bandoleros y guerrilleros comunistas. De manera particular, se culpó a Gustavo Rojas Pinilla por la incapacidad de pacificar el país, obviando que su ascenso al poder resultó de un pacto cívico militar. Valencia, *La invención de la desmemoria*…

Así se configuró una estrategia de autocensura que implicó la constante comparación con la censura directa de los años cincuenta. El poder político logró que la gran prensa política se asociara a la defensa de la legitimidad del sistema político y el acuerdo operativo y transaccional del poder ejecutivo, desde la presidencia hasta los puestos de operarios en los municipios más pequeños. Fue en este contexto que los grandes diarios colombianos como *El Tiempo, El Espectador, El Siglo* y *La República* se articularon en una férrea promoción de la estabilidad política, la exaltación de los beneficios políticos del Frente Nacional y, con especial énfasis editorial, en la cruzada contra los actores y grupos que se enmarcaban por fuera del estatuto de amistad promovido entre el partido Liberal y Conservador. Esto se manifestó en su tratamiento de la oposición política, la contienda política y la acción colectiva.

3. La prensa y el PCN: ¿Vocero ciudadano o portavoz del poder?

Alfonso López Michelsen realizó una campaña electoral a la presidencia con la promesa de cerrar la brecha de la desigualdad entre ricos y pobres: *El Mandato Claro*. El 21 de abril de 1974, se enfrentó en las urnas a Álvaro Gómez Hurtado (Partido Conservador), María Eugenia Rojas (ANAPO), y Hernando Echeverry Mejía (Unión Nacional de Oposición). El escrutinio favoreció a López Michelsen con el 56% de los votos (2.929.719). Su victoria se asentó sobre la división interna del Partido Liberal, por un lado, la facción de López Michelsen y Julio César Turbay, y por el otro lado, la del expresidente Carlos Lleras Restrepo.[22]

Para los sectores de izquierda y oposición, López Michelsen personificó la transición del modelo de alternancia del *Frente Nacional* a la competencia electoral, y a su vez, para los líderes del establecimiento político, fue el candidato que ofreció cambios tenues con estabilidad política y manteniendo los ejes centrales de la política clientelista que se configuró durante el pacto bipartidista.[23] Una de sus promesas fue gobernar el país sin hacer uso del *Estado de sitio*, figura de excepción utilizada en exceso desde los años cincuenta para asegurar el orden público.

La transición política fue el sello de López Michelsen, al menos en lo formal. El *Frente Nacional* terminó con el gobierno de Misael Pastrana Borrero (1970-1974), pero en la práctica se mantuvieron las estructuras clientelares y de alternancia política con mínima competencia que durante 16 años instalaron los dos partidos tradicionales. Los problemas sociales que tenía el país se conservaron, por lo tanto, el espacio público, las universidades, y los sindicatos, etc., continuaron siendo los escenarios de la contienda política. En particular, las calles se mantuvieron como el ámbito principal de cuestionamiento al gobierno.[24]

[22] Gutiérrez Sanín, Francisco. *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia, 1958-2002* (Bogotá: Editorial Norma, 2007) 129.

[23] Pécaut, *Crónica de cuatro décadas…*

[24] Roll, *Inestabilidad y continuismo…*

La dinámica de movilización social reflejó la presencia de diferentes problemas sociales y políticos que el gobierno de López Michelsen no pudo atender con prontitud. En la esfera política y económica, fenómenos como la bonanza cafetera beneficiaron a los cultivadores, pero incrementaron la inflación. Además, los partidos políticos que apoyaron la candidatura presidencial se distanciaron del gobierno desde 1975 y 1976. En regiones como Caldas, persistieron problemas de orden público y violencia.[25] Fue en el plano político y social donde se sintió con mayor fuerza la presión de las luchas sociales con huelgas a lo largo del país.[26]

Al respecto, Daniel Pécaut advierte que en los primeros años de gobierno de Alfonso López Michelsen se vivió un periodo de «intensas luchas sociales» que bloqueó los esfuerzos iniciales del ejecutivo por las dinámicas de concertación nacional. De forma que las tenues estrategias del presidente no fueron suficientes para avanzar en la institucionalización de la dinámica democrática y en la construcción de confianza con aquellos sectores políticos y sociales que habían estado excluidos del poder con la interacción bipartidista.[27] De modo que López Michelsen entregó su promesa de campaña de manera anticipada. La exaltación de los ánimos populares y sindicales en las regiones fue la excusa utilizada por el gobierno nacional para instaurar el Estado de sitio en junio de 1975, apenas transcurrido diez meses de su gobierno.[28] La declaratoria del Estado de sitio fue precedida por una campaña de la gran prensa política, que intentó establecer que esta medida era solicitada por la ciudadanía ante la difícil situación de orden público en diferentes regiones, aunque el presidente se opusiera y sus ministros la recomendaran insistentemente.[29]

Frente a estos altos niveles de conflictividad y, a la vez, de acción colectiva, Mauricio Archila sostiene que fue un periodo de un profundo descontento contra López Michelsen –y posteriormente contra Julio César Turbay Ayala–, en el que a pesar de la tradicional división de la izquierda algunos intelectuales promovieron una unidad parcial que les permitió configurar grandes acciones colectivas como la del PCN.[30] La represión estatal mantuvo, de la misma forma, un comportamiento constante, toda vez que el Estado de sitio de López Michelsen en 1975 y 1976, permitió que las fuerzas militares y de policía tuvieran más facilidades para la confrontación en el espacio público a los actores y organizaciones sociales, una dinámica que se intensificó durante el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala (1978-1982).[31]

25 Pécaut 249.

26 Pécaut 301.

27 Pécaut 301-302.

28 «Estado de sitio total para garantizar los derechos ciudadanos», *El Siglo*, Bogotá, 27, jun, 1975, p. 1-8;

29 «Estado de sitio en tres departamentos», *El Tiempo*, Bogotá, 14, jun, 1975, p. 1-6A; «Piden Estado de sitio», *El Tiempo*, Bogotá, 16, jun, 1975, p. 1A; «Respaldo político al Estado de sitio», *El Tiempo*, Bogotá, 21, jun, 1975, p. 1-13-C; Editorial, «Instrumentos para el Orden», *El Siglo*, Bogotá, 29, jun, 1975, p. 4.

30 Archila, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia – CINEP, 2003) 290.

31 El problema de los Estados de sitio fue que permitieron el incremento significativo y prologando durante cerca de tres décadas de la capacidad de las fuerzas de policía y militares para la confrontación en el espacio público. Una dinámica que coincidió como señalan algunos autores como Medófilo Medina con

El ambiente del gobierno de Alfonso López Michelsen estuvo marcado por una constante tensión de las instituciones con los actores y organizaciones sociales. El PCN del 14 de septiembre de 1977 fue la gran movilización que cuestionó e hizo tambalear los cimientos de la estabilidad política del país. Esta acción colectiva logró articular diferentes sectores sociales, sindicales y estudiantiles de la contienda política nacional[32] y del ámbito regional.[33]

La dimensión nacional del Paro cívico ha sido señalada por la historiografía. Conto con una participación destacada de ciudades como Bogotá, Medellín y Cali, y además se dieron manifestaciones regionales en las ciudades intermedias como Bucaramanga, Pereira, Manizales, entre otras, en las que se gestaban procesos organizativos de las diferentes izquierdas para una resistencia al régimen de López Michelsen. La combinación de una presencia nacional y regional llevó a que los efectos del PCN hayan sido de espectro nacional. Al respecto, Medófilo Medina estableció que:

> (…) si bien el paro cívico logró en Bogotá los mayores efectos como protesta urbana y allí las manifestaciones de la muchedumbre política alcanzaron mayor variedad y persistencia el 14 de septiembre entrañó una significación verdaderamente nacional no solo por su proyección si no por su alcance geográfico. Incluso algunas regiones agrarias tuvieron participación destacada.[34]

Los principales diarios del país se prestaron a recuperar la imagen positiva del gobierno de López Michelsen y garantizar que los dos partidos tradicionales manifestaran su apoyo al ejecutivo. Se configuró entonces un ambiente favorable al gobierno en las páginas periodísticas que se activó ante la amenaza de una movilización social de las magnitudes del PCN el14 de septiembre de 1977.

3.1. Etapa 1. La negación del PCN

A este panorama de crisis social, política y económica se sumó la fuerza y articulación que venían adquiriendo las organizaciones sociales, los grupos universitarios, las asociaciones de obreros y sindicatos, y algunos intelectuales de izquierda a través de diarios y revistas. Se presentó una mayor capacidad organizativa que estuvo en función de la confrontación y resistencia a la continuidad de las políticas del Frente Nacional que se volvieron sintomáticas del gobierno de López Michelsen.

---

un crecimiento de la influencia de los militares en el gobierno ejecutivo, al ser gobernadores y alcaldes, y ostentar otros cargos públicos, que les permitía tener un mayor control sobre la población civil, lo que se sumó al hecho de que las élites locales no tuvieron siempre la posibilidad de controlar «su amplia base social», con lo que «se despejó el camino para aplicar la represión generalizada». Medina, Medófilo. *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX* (Bogotá: Ediciones Aurora, 1984) 138.

[32] Medina 155.

[33] Marín, Luis Felipe. *La normalidad en disputa. El parto cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 en las ciudades de Manizales y Pereira*, (tesis de Maestría en Historia), Universidad Tecnológica de Pereira, 2022.

[34] Medina 155-156.

Apenas iniciado 1977, se presentaron protestas de diferentes sectores sociales, entre ellos, el magisterio que protagonizo los cuestionamientos al gobierno de López Michelsen, en especial a su propuesta de reformar el estatuto docente. A este conflicto se le sumaron otros actores a lo largo del año. Archila destaca la presencia en las calles de los cementeros entre julio y septiembre, de los petroleros entre agosto y octubre, y de los trabajadores de la palma africana entre agosto y septiembre.[35] Fue la movilización laboral la que detonó la mayor parte de las movilizaciones y, en particular, el sector que se encargó de la convocatoria a la acción colectiva del 14 de septiembre de 1977.

Por su parte, el gobierno de López Michelsen reaccionó asociando la convocatoria al PCN, sus organizadores y propósitos, con la subversión y el intento de derrocar un gobierno elegido en las urnas. La victimización del gobierno de López Michelsen estuvo acompañada por la apelación al fantasma de la inestabilidad política, en lo que le resultó fundamental el apoyo de los medios de comunicación, el respaldo institucional de los ministros y de los sectores económicos y empresariales que se oponían a la realización de la acción colectiva. Así se visualizó en las columnas de muchos de los grandes diarios del país que profundizó en la relación entre movilización social y comunismo, entre esfuerzos subversivos y afrentas al orden público, y en especial tuvo mucho eco el argumento según el cual la razón por la que no se concedían las demandas laborales y sociales era por la ausencia de fortalezas económicas, las que se verían mucho más disminuidas según la movilización general del país afectara a múltiples sectores.

Con base en esta lógica, la movilización carecía de razones sociales y populares y se mostraba por parte del gobierno y los medios como un «paro político» que buscaba dar un «golpe de estado» y atentar contra una de las democracias más sólidas del continente, siendo este último eufemismo una fórmula constantemente utilizada por la gran prensa política para dar cuenta de la poca necesidad de movilizaciones de este tipo en Colombia. Así que el PCN en sus días previos fue presentado por el gobierno y la gran prensa política como el mayor atentado que se podía realizar contra el país mismo, por motivos políticos y deseos particulares, sin considerar el llamado «interés general».

3.2. Etapa 2. Estigmatización a los organizadores

Diarios como *El Espectador* y *El Tiempo* reconocidamente adscritos al Partido Liberal –partido del presidente López Michelsen– presentaron en las dos primeras semanas de septiembre, el que llamaron un decidido esfuerzo del gobierno nacional por llegar a un acuerdo con las centrales sindicales. Se publicaron las diferentes rondas de negociación enfocándose en los «enormes» esfuerzos gubernamentales por encontrar un acuerdo y las «posiciones radicales» de las centrales obreras por mantenerse en la convocatoria del paro. Estos diarios se esforzaron en mostrar que la fundamentación del paro era política y no laboral, social o popular.[36]

[35] Archila 146.

[36] «'Acuerdo' dice el Gobierno; 'No hay acuerdo' dice la UTC y CTC», *El Espectador,* Bogotá, 1, sept, 1977, p. 1-14-A.

Estos grandes diarios se encargaron de reproducir los comunicados que generó el gobierno, en los que daba respuesta a las centrales obreras, con énfasis en los intercambios con el ministro de Trabajo, Oscar Montoya, y el de Desarrollo, Diego Moreno Jaramillo. Durante varios días, se reprodujeron las cartas de ambas partes. El riesgo de mantener el paro iba en contra de los intereses del gobierno,[37] pero también el peligro de considerar ilegal la movilización.[38] Los titulares periodísticos acudieron a sustantivos de autoridad como «advertencia», «llamados», «condición», etc. para rotular las posiciones del gobierno, entre tanto se optó por sustantivos con una carga más negativa como «amenaza», «secretismo», «pretensiones», para deformar los puntos de vista de los sindicalistas.

Las posiciones editoriales fueron especialmente críticas con las centrales obreras. Se estableció que la convocatoria al PCN era carente de fundamentos. *El Siglo,* diario representante del conservadurismo de Laureano Gómez y su hijo Álvaro Gómez Hurtado, presentó una editorial amplia en la que se cuestionaba el sentido de un paro político que no representaba ningún beneficio para la sociedad. Esta era una posición que seguía la facción Ospino pastranista completamente opositora al gobierno de López Michelsen. La editorial de *El Siglo* planteó que el PCN ya gozaba de popularidad producto del interés de muchos ciudadanos por no asistir a sus trabajos.[39] Además, se argumentó que el formato de paro cívico y el sindicalismo carecían de actualidad. Del mismo modo, se puntualizó que el paro no era la consecuencia de un proceso de confrontación entre sociedad y gobierno, sino más bien el medio más expedito que los sindicalistas usaban para mejorar su capacidad de negociación frente a los empleadores; incluso se cuestionaba el argumento principal de las centrales obreras sobre el costo de la vida. *El Siglo* apuntó que se trataba de un problema que afectaba a todas las personas por igual, y, por lo tanto, no tenía que ver con los salarios. *El Siglo* también estableció que se trataba de una convocatoria imposible de justificar porque no se le podía explicar a la sociedad cómo el paro nacional iba a reducir la inflación. El diagnóstico del diario conservador fue claro: el paro no solucionaba los problemas laborales, más bien afectaba a la clase trabajadora:

> Lo que resulta un poco difícil es inculcarle a la opinión pública la idea de que el paro es un arma contra el costo de vida (…) el paro no va a resolver nada. Ni aliviará la condición de la gente asalariada. (…) Alguien puede perder en todo esto, fuera de lo que significa el paro como merma de la producción: nos referimos al obrero y principalmente a líder sindical que se comprometa en una huelga declarada ilegal y que quedará a merced de las represalias de los patrones. Por ese apóstol de la confusa teoría del paro general nadie va a poner la cara después, cuando ya ni siquiera las personerías jurídicas de los sindicatos estén vigentes.[40]

[37] «Gobierno no cede a presiones», *El Siglo*, Bogotá, 3, sept, 1977, p. 1-2A.

[38] «El gobierno no renunciará a defender la Constitución y la Ley. Enérgica advertencia a las centrales obreras por amenaza de paro», *El Espectador*, Bogotá, 2, sept, 1977, p. 1-10-A.

[39] Una especie criolla de «el pobre es perezoso» o «es pobre porque quiere», que denotaba la desconfianza del periodismo hacia la población colombiana mayoritaria.

[40] Editorial, «Y el paro ¿Para qué? Una situación en que nadie gana nada», *El Siglo*, Bogotá, 3, sept, 1977, p. 3.

Las editoriales periodísticas enfilaban sus argumentos para demostrar el poco sentido del mismo, y para establecer que los costos del fracaso de la movilización tendrían que ser asumidos por los propios obreros y sindicalistas. Esto permite observar que la cobertura editorial estaba mediada por la posibilidad de que el paro sí tuviera lugar y de ahí los avisos que hizo *El Espectador* bajo el título «Advertencia sobre el paro», al tiempo de la editorial de *El Siglo.*[41]

El Espectador señaló que los promotores del paro escondieron sus propósitos políticos y económicos con excusa de la defensa de los derechos laborales de los obreros, pero demostraron que no tuvieron ánimo de diálogo al no continuar las negociaciones con el gobierno y al exigir primas adicionales que no resultaron racionales para la economía colombiana, tan afectada por el aumento del costo de vida. Al mismo tiempo, como argumento para justificar la improcedencia del paro acudieron a una revisión de los anteriores paros cívicos y mostraron que, desde el gobierno del presidente Guillermo León Valencia (1962-1966), se utilizaron más como una táctica de presión («amenaza») que como una verdadera estrategia que tuviera impacto en los salarios. A la par, se recordó que también el presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) y luego el presidente Misael Pastrana Borrero (1970-1974) tuvieron que enfrentar este tipo de «movilizaciones parciales y amenazas». Por último, al igual que *El Siglo, El Espectador* advirtió que los más afectados serían los propios trabajadores:

> No existe posibilidad de victoria para sus adversarios. Pero sí – y aquí está el meollo de la cuestión – de dolorosas, incalculables consecuencias para el país entero, a las cuales no serían ajenos, sino todo lo contrario, los trabajadores. Las advertencias no son inoportunas. (…) Del paro puede promover mucho daño, mientras no puede esperarse ningún bien. Eso es todo, como pronóstico[42].

Con un énfasis mayor, *El Tiempo* –posiblemente el periódico oficialista más influyente del periodo– dedicó la mayoría de sus editoriales de las primeras dos semanas de septiembre a cuestionar y deslegitimar la realización del paro.[43] Los ejes recurrentes en la cobertura de *El Tiempo* fueron similares a los que propusieron *El Espectador* y *El Siglo,* pero además apuntaron a señalar la ilegalidad del paro, la inconveniencia económica, el anarquismo que buscaban establecer los sindicalistas, la influencia de factores externos que pretendían reproducir los problemas de países latinoamericanos, la posición de los Estados Unidos y los sindicalistas de ese país frente a los paros nacionales, y la necesidad del Partido Liberal de ofrecer un mayor respaldo institucional y «liberal» al presidente López Michelsen.

[41] Editorial, «Un paro contra el desprestigio sindical», *El Siglo*, Bogotá, 10, sept, 1977, p. 3.

[42] Editorial, «Advertencia sobre el Paro», *El Espectador*, Bogotá, 3, sept, 1977, p. 2-A.

[43] Editorial, «De la crisis laboral», *El Tiempo*, Bogotá, 1, sept, 1977, p. 4-A; Editorial, «Un paro sin razón ni ley», *El Tiempo*, Bogotá, 3, sept, 1977, p. 4-A; Editorial, «Promoción y estímulo de un paro ilegal», *El Tiempo*, Bogotá, 7, sept, 1977, p. 4-A; Editorial, «El imperio del terror», *El Tiempo*, Bogotá, 12, sept, 1977, p. 4-A; Editorial, «Una obligación liberal ante el paro», *El Tiempo*, Bogotá, 13, sept, 1977, p. 4-A.

Si bien las editoriales tuvieron un tono bastante combativo contra las centrales obreras, también hubo algunas posturas con cierto nivel de moderación, aunque se mantuvieron en lo improcedente del paro. Así destacó el enfoque más técnico presentado por el expresidente Carlos Lleras Restrepo en las páginas de *El Tiempo,* en el que dio cuenta de la improcedencia de utilizar el Estado de sitio para implicar reformas de tipo laboral, lo mismo que la poca utilidad que tendría la declaratoria del Estado de emergencia económica puesto que la legislación laboral debía ser reformada directamente en el Congreso de la República, e incluso se refirió a los efectos negativos que tuvo en la capacidad adquisitiva de los trabajadores una alza de sus salarios como ocurrió en el gobierno de Guillermo Valencia.[44] Lleras Restrepo fue un colaborador que dotó de prestigio y autoridad lo planteado por *El Tiempo,* de la misma forma que Misael Pastrana Borrero en *La República,* o Álvaro Gómez Hurtado en *El Siglo*.

Pero si los expresidentes eran voces de prestigio en la gran prensa política, las fuerzas militares eran voces de autoridad que debían expresar su visión del conflicto social o, en sus propios términos, de la «amenaza a la democracia» que se cernía sobre el país. Al contar con la prohibición constitucional de que los militares activos participaran en política, se acudía a las reflexiones de los militares en retiro. Al respecto, el general (r) Álvaro Valencia Tovar, planteó una lucha contra la subversión y el sindicalismo de forma articulada: «sociedad, gobierno y fuerzas públicas, para evitar la «ola de inmoralidad y de inseguridad».[45]

Entre tanto, al tiempo que los grandes diarios validaban la campaña de deslegitimación instrumentalizada hacia el paro nacional y sus organizadores, también justificaban las medidas restrictivas y de represión que dificultaban y hacían más costosa la movilización de las centrales obreras. Así pasó con la publicación del Decreto 2066 de septiembre de 1977, con el que el gobierno estableció que no se podrían realizar «declaraciones, comunicados, o comentarios relativos a cese de actividades, o a paros y huelgas ilegales».[46] En el mismo decreto se instituyó que los medios de comunicación deberían compartir la información oficial sobre los temas censurados.[47]

Este tipo de *medidas legislativas de amenaza y disuasión,*[48] que se entienden en el marco de las formas de represión estatal, buscaban desincentivar la acción

[44] Carlos Lleras Restrepo, «El paro general», *El Tiempo*, Bogotá, 13, sept, 1977, p. 3-13-C.

[45] Hernán Unas, «La democracia está en peligro: Álvaro Valencia Tovar», *El Espectador*, Bogotá, 3, sept, 1977, pp. 1-8-A.

[46] Alfonso López Michelsen, *Decreto 2066 de 1977*, «por el cual se dictan medidas tendientes a preservar el orden público», https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1911404

[47] «Prohibición de noticias sobre paros y huelgas. Decreto 2066», *El Espectador*, Bogotá, 3, sept, 1977, pp. 1-7-A. En la misma semana, en la capital del país, el alcalde Bernardo Gaitán Mahecha promulgó el Decreto 1424 que prohibió la realización de reuniones, manifestaciones, desfiles y actos públicos de cualquier tipo, así mismo, revocó los permisos otorgados previamente para estas actividades. «Medidas sobre Orden Público dicta el D.E», *El Espectador*, Bogotá, 4, sept, 1977, p. 10-A.

[48] González Calleja, Eduardo. *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales* (Madrid: Siglo XXI, 2017), pp. 442-444.

colectiva y hacerla jurídicamente más costosa. Esto explica que, en los días previos al 14 de septiembre de 1977, el presidente López Michelsen y sus ministros establecieron medidas jurídicas para amenazar a quiénes se movilizaran. *El Siglo* publicó un desplegado en el que resumió las sanciones que tendría el paro:

> (…) la sanción de arresto inconmutable por un término que oscila entre 30 y 180 días, sin perjuicio de las demás sanciones (…) Los empleados públicos no escalafonados podrán ser retirados de sus cargos mediante la declaratoria de insubsistencia del nombramiento. Los empleados públicos escalafonados en las distintas carreras podrán ser suspendidos en sus empleos sin derecho a remuneración por un periodo que oscilara entre 6 y 12 meses. Los funcionarios de la seguridad social podrán ser retirados de sus cargos, mediante la declaratoria de insubsistencia del respectivo nombramiento. Los trabajadores oficiales y particulares, se harán acreedores a la terminación de sus contratos de trabajo y sin previo aviso ni indemnización de ninguna índole. Los sindicatos que promuevan o apoyen el cese de actividades podrán incurrir en la suspensión de dos a seis meses y en la cancelación de su Personería Jurídica.[49]

Este panorama previo al paro nacional se concretó en los últimos dos días, 12 y 13 de septiembre, cuando las fuerzas militares –contrarias a la posición del gobierno de que el paro fracasaría–, comenzaron a señalar que las condiciones de seguridad estarían cubiertas y que se aplicaría todo el peso de la fuerza a los manifestantes porque la movilización se declaró ilegal. Las fuerzas armadas hicieron público que el 14 de septiembre se pondría en marcha la llamada *Operación Tricolor* con el objetivo de «prestar vigilancia en las zonas industriales y establecimientos comerciales», además con acciones de «toma de posiciones, por parte del ejército y la policía de sitios considerados como claves en las ciudades y carreteras de todo el país».[50]

El Espectador se vinculó con la retórica de la *Operación Tricolor* para garantizar el orden público.[51] Los detalles publicados implicaban que las fuerzas armadas: Policía, DAS, F2 y el Ejército, comenzarían a patrullar las principales vías de las ciudades evitando los bloqueos y las pedradas a los establecimientos comerciales; así mismo, se buscaba «contrarrestar los efectos de la llamada operación tachuela», para evitar afectaciones en el tráfico; buscaban garantizar el apoyo a los ciudadanos que no querían participar del paro.[52]

[49] «Arresto y despidos para participantes en paros. Y cese de fuero sindical a los dirigentes», *El Siglo*, Bogotá, 7, sept, 1977, p. 7; «El ministro de Trabajo recuerda disposiciones sobre orden público», *El Espectador*, Bogotá, 8, sept, 1977, p. 11-A.

[50] Orlando Gómez, «En vigencia operación tricolor», *El Siglo*, Bogotá, 14, sept, 1977, 1-2.

[51] Hernán Unas, «Operación tricolor, para controlar el paro», *El Espectador*, Bogotá, 11, sept, 1977, 1-14-A.

[52] La información compartida sobre la operación militar puntualizaba que aun cuando su carácter era preventivo se tendrían establecidos los centros de detención tradicionales como las comisarías a donde serían llevadas las personas que fueran capturadas, pero se advertía la necesidad de «concentrar a los retenidos en sitios más espaciosos como la Plaza de Toros y El Campin».

Los grandes diarios construyeron una narrativa pública que minimizó el PCN. Primero, al sugerir que la convocatoria no tendría repercusión. En un comienzo, se desestimaron los motivos de las centrales obreras. Más adelante, se apeló a estigmatizar a los organizadores atribuyendo a ellos intereses políticos. Luego, cuando se estableció la fecha del 14 de septiembre para la movilización, entonces se avanzó en la judicialización del paro con su declaratoria de ilegalidad por parte del gobierno y la valoración positiva de estas medidas por parte de los diarios nacionales. Al final, se procedió a establecer, en forma de amenaza, el impacto de la fuerza con que el ejército y la policía combatieron las manifestaciones en las calles, en especial a la llamada «operación tachuela». E incluso, algunos de los caricaturistas cuestionaron el paro, como LUISÉ, con sus cartones «Con los crespos hechos» y «Entre dos fuegos».

Figura 1. ¿Con los crespos hechos?



Fuente: Luisé, El Tiempo, 13, sept, 1977, p. 3A.

Figura 2. Entre dos fuegos



Fuente: Luisé, El Tiempo, 14, sept, 1977, p. 4A.

3.3. Etapa 3. Justificación de la acción gubernamental

Los esfuerzos del gobierno y la prensa política no evitaron la jornada de movilización. El PCN, el 14 de septiembre de 1977, se desarrolló una movilización en las ciudades grandes como Bogotá, Medellín y Cali, y en las intermedias como Bucaramanga, Barrancabermeja, Pereira o Manizales, entre otras. El discurso de la convocatoria fallida y la carencia de razones laborales cambió hacia la narrativa del orden público violentado, pero reestablecido por el ejército y la policía. Con excepción de las editoriales críticas del diario *La República*, en ningún momento la gran prensa política cuestionó la posición del gobierno, por el contrario, se convirtió la defensa del gobierno de López Michelsen en la principal bandera periodística.

El Espectador abrió su edición del 14 de septiembre con un perfil del presidente al que otorgaron el rótulo de *La figura de hoy* para elogiar que su respuesta ante el desafío social estaba siendo acorde a la Constitución Nacional y a su obligación de garantizar la estabilidad política. Todavía el 14 de septiembre, «el día D» del PCN, y aunque ya había pleno conocimiento de que la movilización social se realizaría, los principales diarios abrieron sus ediciones con titulares que refrendaban la ilegalidad del paro y que abrían la puerta para la acción del ejército y la policía, es decir, que insinuaban la represión.[53]

El PCN tuvo un fuerte impacto en todo el país. Los niveles de movilización social y de articulación entre organizaciones sociales, sindicales y de izquierda fueron de alta complejidad en las formas organizativas, desde el paro en las empresas, hasta la operación tachuela y los comités en diferentes sectores barriales.[54] No obstante, como parte de la deslegitimación promovida por el gobierno, el presidente López Michelsen comunicó en la noche del 14 de septiembre que «el paro, como un paro laboral había sido un fracaso» y se había superado «un pequeño 9 de abril», con estas frases presidenciales comenzó el proceso, apoyado por los diarios capitalinos y bipartidistas, de negación del impacto, los efectos y la represión policial que tuvo lugar el 14 de septiembre.

Sin embargo, esta dinámica tuvo dos facetas, por un lado, los diarios se enfocaron en mostrar la afectación del orden público, el daño a los edificios públicos, los problemas de transporte, las dificultades materiales ocasionadas en las ciudades más importantes del país; y por el otro lado, en legitimar la intervención desmedida que tuvieron la policía y el ejército. Esta dinámica informativa implicó la puesta en escena de los discursos utilizados para dar cuenta de la lucha antisubversiva, los manifestantes se presentaron como «extremistas»,[55] las manifestaciones en las calles abordadas como «bloqueos», la confrontación al comercio señalada como

[53] Titulares en *El Espectador*: «No acatar orden de paro, pide el gobierno», *El Espectador*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Implantada la ley seca. Garantías para laborar se ofrecen en todo el país», *El Espectador*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Medidas para garantizar el orden público», *El Espectador*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 9-A; «Patrullaje militar en Bogotá», *El Espectador*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 12-A. Titulares en *El Siglo:* «Destruida la base del paro», *El Siglo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «En vigencia Operación tricolor. Se garantizará el orden, afirman las fuerzas militares», *El Siglo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Respaldo político contra la huelga», *El Siglo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Consejo de guerra para quienes turben transporte», *El Siglo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 3. Titulares en *El Tiempo:* «El gobierno garantiza el orden en todo el país», *El Tiempo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Estrictas medidas de seguridad en El Dorado», *El Tiempo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Fuerte pugna entre grupos de izquierda por el paro», *El Tiempo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Normalidad nacional», *El Tiempo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Congreso respalda a López y rechaza el paro», *El Tiempo*, Bogotá, 14, sept, 1977, p. 8-A. Titulares en *La República*: «Se inició el paro cívico nacional. Absoluta soledad de anoche en la capital. Estricta vigilancia militar», *La República,* Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1; «Retenidos universitarios por solidarizarse con el paro nacional anoche», *La República,* Bogotá, 14, sept, 1977, p. 1. No siendo la prensa regional el principal objeto de esta investigación, es importante señalar que algunos periódicos locales tuvieron mayor amplitud informativa frente al tema: «Paralizada la ciudad con el paro político de hoy. Puntillas y grapas en las vías públicas», *El Diario,* Pereira, 14, sept, 1977, p. 1; «Invocación a la sensatez», *La Tarde,* Pereira, 14, sept, 1977, p. 3.

[54] Marín, *La normalidad en disputa…*

[55] «Estamos frente a la subversión», *El Siglo*, Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1-3-A.

«saqueos»,[56] la defensa frente a la represión policial subrayada como «saqueos» y «pedreas». La escenificación de la movilización en calles y parques de las ciudades bajo la óptica de la «parálisis» y la «subversión en acción».[57]

La confrontación del gobierno contra los manifestantes –*Operación Tricolor*– dio cuenta del esfuerzo por imponer el orden público quebrantado para desestabilizar a la ciudadanía. La narrativa implicó que las acciones fueran presentadas como «disturbios» contenidos por la policía:

> 10 personas muertas, un número indeterminado de civiles heridos, 25 agentes de la Policía Nacional heridos e infinidad de daños en edificaciones y establecimientos comerciales, constituyeron el saldo de los graves desastres que se registraron ayer en diversos lugares de la capital de la República con ocasión del paro nacional decretado por la centrales obreras (…) Los disturbios se iniciaron en las primeras horas de la mañana y se encaminaron especialmente a obstaculizar el tránsito automotor (…) A más de cubrir las principales vías de la ciudad con tachuelas, puntillas y otros elementos para pinchar las llantas de los vehículos, los revoltosos se dedicaron a apedrear los buses (…) los desórdenes tomaron en algunas ocasiones tal gravedad que la fuerza pública se vio obligada a lanzar gases lacrimógenos y a disparar sus armas al aire en un esfuerzo por disolver lo abigarrados grupos de tirapiedras (…)».[58] (…) Los policías heridos corresponden a agresiones a piedra de parte de antisociales que apedrearon vehículos, saquearon establecimientos comerciales y provocaron numerosos desordenes (…) los verdaderos beneficiados con el paro de ayer fueron los montallantas, que hicieron un verdadero agosto con la reparación de los daños causados por llamada 'operación tachuela.[59]

El lenguaje político utilizado por los diarios acudió a los calificativos de «disturbios» y «desordenes» con el argumento que la acción de la policía había sido por «obligación». De esta manera, la confrontación estatal y las víctimas no aparecieron como actores sociales violentados, sino como «subversivos» con intereses políticos en generar caos social y desorden público. Las editoriales de *El Tiempo, El Espectador* y *El Siglo* permiten una lectura de la forma estratégica como el discurso periodístico apoyó el interés del gobierno en invisibilizar las agresiones que sufrieron los actores sociales en todo el país y poner el acento en el binomio clásico del disciplinamiento público en el periodo: orden *versus* desorden público.

El Espectador abordó la cuestión reconociendo que el gobierno no pudo detener el paro. Sin embargo, que el PCN no había tenido la dimensión esperada por las centrales obreras. En sus editoriales se advirtió la muerte de muchas personas. Así mismo, se planteó que muchos trabajadores no habían ido a laborar más que

[56] «Herido, saqueos y pedreas durante el paro», *El Espectador,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1.

[57] «El Paro, como paro laboral ha sido un fracaso», *El Espectador,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1; «Restablecido el orden en las ciudades», *El Siglo,* Bogotá, 15, sept, 1977; «Barricadas, pedreas y saqueos», *El Tiempo,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1-2.

[58] «Diez muertos en Bogotá», *El Espectador,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1-12-A.

[59] «Balance trágico de ayer», *El Tiempo,* Bogotá, 15, sept, 1977, pp. 1-2A.

por apoyo a la movilización por imposibilidad debido a los cierres de vías.[60] El diario de la familia Cano aprovechaba la coyuntura para convocar –ejerciendo su potestad de vocero de la opinión pública– a un diálogo entre gobierno y centrales obreras, instruyendo a los sindicatos a modernizarse y alejarse del sindicalismo «burocrático», «blandengue», «entreguista», «cavernícola» y «subversivo».[61]

Por su parte, *El Tiempo* tuvo una posición muy similar a la del *El Espectador,* pero más contundente en los calificativos de estigmatización a los actores sociales y centrales obreras. El diario de la familia Santos ratificó que el paro fue un movimiento «comunista, ilegal, antinacional, y antidemocrático» que «no ha tenido éxito completo en sus finalidades de subversión, pero sí ha logrado en buena parte quebrantar la normalidad pública» y generar en la sociedad «un sentimiento de terror y aún de pánico». Para *El Tiempo* los organizadores y participantes cometieron «sedición» y debían juzgarse.[62]

El Tiempo aprovechó para convocar a una reflexión acerca del papel del sindicalismo y de la validez de las centrales obreras, en especial de la UTC y CTC al calificarlas como organizaciones que habían perdido su «autoridad política y moral».[63] De la misma forma, se ahondó en las 18 muertes ocurridas durante el PCN para responsabilizar a los organizadores del movimiento y excusar a las fuerzas de policía y ejército, a los que se les consideró como los defensores de la democracia frente a la acción subversiva.[64]

Entre tanto, la visión que ofreció *El Siglo* pretendió posicionarse como un análisis más general de lo que estaba ocurriendo, para ello tomó como punto de partida una reflexión acerca del papel de la ciudadanía en los acontecimientos del 14 de septiembre. Para el diario, la ciudadanía se podía considerar como el sujeto victorioso de la jornada de paro ilegal. En esa perspectiva, fue la población –convencida de la importancia de defender las instituciones, según el diario– quién asumió la necesidad de resistir ante los hechos violentos generados por organizadores y participantes de la jornada de movilización. Es interesante lo de *El Siglo* porque en efecto podría pensarse que una movilización de magnitud nacional fortaleció la ciudadanía, sin embargo, la visión del diario implicó que dicho triunfo cívico había llegado de la mano del rechazo ciudadano. En esa medida, este posicionamiento editorial se atrincheró en los primeros pronunciamientos del presidente López Michelsen, según los cuales la jornada de movilización había fracasado.[65]

---

[60] Editorial, «En mitad del paro», *El Espectador,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 2-A.

[61] Editorial, «Los muertos y los vivos», *El Espectador,* Bogotá, 16, sept, 1977, p. 2-A; Editorial, «El futuro sindical», *El Espectador,* Bogotá, 17, sept, 1977, p. 2-A.

[62] Editorial, «Una auténtica subversión», *El Tiempo,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 3; Editorial, «Lo que importan son las instituciones», *El Tiempo,* Bogotá, 16, sept, 1977, p. 3.

[63] Editorial, «Sindicalismo y Democracia», *El Tiempo,* Bogotá, 17, sept, 1977, p. 3. Durante todo el proceso del PCN fue constante que los grandes diarios se posicionaran en contra del sindicalismo por considerarlo desactualizado, por lo tanto, se exigía a sus líderes renovar sus principios y articularlos al Estado. En lo fundamental el planteamiento periodístico estigmatizó al sindicalismo y lo asoció de forma negativa.

[64] Editorial, «Holocaustos humildes», *El Tiempo,* Bogotá, 22, sept, 1977, p. 3.

[65] Editorial, «Triunfó la ciudadanía», *El Siglo,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 4.

Al igual que los diarios liberales, *El Espectador* y *El Tiempo*, para el conservador *El Siglo* la represión policial que sufrieron los participantes del paro cívico fue inexistente.[66] Incluso se criticó que las fuerzas de policía y ejército tuvieron un comportamiento demasiado conciliador,[67] lo que permitió trastornar el orden público con la «operación tachuela».[68] El gobierno y las autoridades perdieron al querer «ser prudentes y evitar hasta donde era posible la represión violenta de la subversión. La intangibilidad del orden se rompió y no se ha recuperado plenamente».[69] Por lo anterior, se observa que las estratagemas de insuficiente uso de la fuerza, instituciones republicanas en riesgo, avance de la subversión y orden público violentado, permitieron que, en el marco discursivo, primero se invisibilizara la represión estatal, y segundo se naturalizara no referirse a ella.

4. *La República* rompe el consenso

La homogeneidad que casi siempre mantuvo la cobertura informativa de la gran prensa política sobre los problemas y procesos relacionados con la movilización y el conflicto social durante las semanas previas al PCN experimentó una ruptura por cuenta de la confrontación de *El Espectador, El Tiempo* y *El Siglo* con *La República*.[70] En los días anteriores a la realización del PCN, *La República* publicó una editorial en el que apoyó la movilización y que despertó la polémica con los demás diarios:

> (…) es menester al menos en el caso anunciado por las centrales obreras, respaldar el paro de actividades laborales, por un día, como señal de protesta y como demostración evidente de la angustia popular. Este mandato se ha caracterizado, más que ningún otro, por la apatía en el análisis y solución de los problemas colombianos. Hay que –crearle, pues, un hecho protuberante e innegable, para que vea la verdad, entre el espeso sahumerio palaciego. Fue el mismo presidente López quién habló de las dos Colombia. En verdad, coexisten en una monstruosa hermandad (…) El paro de un día se justifica plenamente. Es la única manera que el pueblo tiene para demostrar al gobernante su protesta, de airear la secreta y desolada miseria en que se le ha sumido.[71]

Los argumentos de *La República* dieron cuenta de un interés que había desarrollado desde el inicio del gobierno de López Michelsen producto de que la facción Ospino-pastranista del Partido Conservador no apoyaba este gobierno:

[66] «Legalidad contra las vías de hecho», *El Siglo,* Bogotá, 16, sept, 1977, p. 2

[67] Editorial, «El motín y la asonada, formas de violencia», *El Siglo,* Bogotá, 17, sept, 1977, p. 4.

[68] Editorial, «El miedo a las puntillas», *El Siglo,* Bogotá, 18, sept, 1977, p. 4.

[69] Editorial, «¿Quién ganó el paro? La decadencia de las centrales obreras», *El Siglo,* Bogotá, 16, sept, 1977, p. 4.; Editorial, «El análisis de un paro fallido. El drama y sus múltiples autores. De cómo las centrales obreras perdieron su personería jurídica», *El Siglo,* Bogotá, 19, sept, 1977, p. 4.

[70] Si bien las discrepancias en algunos temas políticos entre *La República y El Tiempo* se debían al apoyo irrestricto que el diario liberal le daba al gobierno de López Michelsen, mientras que *La República* representaba los intereses de la facción del expresidente Pastrana Borrero dentro del Partido Conservador (Ospino-Pastranista), que en ese momento no estaba completamente vinculado con los planes de transición del Frente Nacional al periodo de «aparente» competencia política.

[71] Editorial, «En defensa del paro», *La República,* Bogotá, 5, sept, 1977, p. 3-A.

confrontar el curso del gobierno del Mandato Claro. Una situación que pocas veces ocurría en el marco de una gran prensa bipartidista que encubrió los problemas del país, estigmatizó a los actores sociales y se unió a la deslegitimación de las organizaciones sociales, cada que hizo falta preservar el *status cuo* frente nacionalista.

La República tomó una posición abierta en defensa del paro que llevó a un intercambio con los otros diarios y con el presidente López Michelsen (y los funcionarios). El presidente López Michelsen acusó a *La República* de estar desafiando el orden legal del país al validar un paro nacional que se había declarado ilegal.[72] A su vez, *El Espectador* apoyó el argumento presidencial:

> (…) Hemos aceptado de tiempo atrás que el sector pastranista del Partido Conservador se encuentra en oposición al Gobierno del Mandato Claro. Pero lo inconcebible, lo inverosímil, lo absurdo, es la ligereza con la cual se escribió la apología de un paro abiertamente ilegal, que pone en dificultades, antes que a la administración, la vigencia de las instituciones representativas y el sistema democrático de la República (…) En el empeño por mortificar al Gobierno, las frases del editorialista de *'La República'* superan a cualquier intento demagógico de los últimos años de los conservadores, con absoluta ausencia de sindéresis y de lógica, con olvido protuberante de la doctrina de su partido. Se trata de la apología del desorden, enunciada y dicha por quienes siempre han sido los teóricos del orden (…).[73]

El debate periodístico se prolongó con la participación de *El Tiempo,* que cuestionó la ideología del diario conservador y estableció, a partir de una amplia serie de preguntas, que el periódico pastranista buscaba desestabilizar el régimen de López Michelsen para asegurarse la victoria en las siguientes elecciones: «¿Dónde está en realidad la dirección ideológica de *La República*?, ¿Qué buscan sus inspiradores con editoriales como este?, ¿No es verdad que quienes se dicen herederos del ideal conservador de Ospina y Caro deberían ser leales a su espíritu?».[74]

La República, a su vez, respondió confrontado la cercanía de *El Tiempo* con el poder político a través de la familia Santos:

> El diario 'El Tiempo' a nombre quizás del gobierno, nos promete para hoy una lección en la que pretenderá enseñarnos 'el sentido de lo que es y vale la Patria y qué fronteras morales debe guardar el sectarismo' (…) la defensa de ese diario no se limita a los programas y actos oficiales de un gobierno, cuando se ejercen a nombre del partido al que mal sirven, sino trasciende a los actos de personas que abusan del poder en beneficio personal. Sus ostensibles silencios, sus hipócritas lamentaciones, como en el caso presente, tienen un sello definido: la defensa del Príncipe (…) A ese diario siempre le ha parecido 'criminal desafuero' cualquier manifestación de descontento por parte de los débiles contra los poderosos (…) nos proponemos, en contraposición a la

[72] «Desafío al orden legal, el apoyo de *La República* al paro cívico», *El Siglo*, Bogotá, 6, sept, 1977, pp. 1-16.

[73] Editorial, «Tampoco lo compartimos», *El Espectador*, Bogotá, 7, sept, 1977, p. 2-A.

[74] Editorial, «Promoción y estímulo de un paro ilegal», *El Tiempo*, Bogotá, 7, sept, 1977, p. 3.

> llamada 'prensa amiga' del gobierno, apoyar cualesquiera reivindicaciones que pretendan los trabajadores colombianos (...).[75]

Lo interesante de este cruce de editoriales entre *El Tiempo, El Espectador, El Siglo* y *La República* es que rompieron el comportamiento periodístico que se había establecido desde la terminación del gobierno de Gustavo Rojas Pinilla y que se mantuvo durante todo el Frente Nacional, pero que se alteró un poco durante el gobierno de Alfonso López Michelsen y, en especial, con motivo del PCN.[76]

Ahora bien, de la misma forma que ocurrió durante el periodo previo al paro cívico, una vez que se desarrolló, fue *La República* –movido por las tensiones políticas precedentes en el seno de la colectividad conservadora y contra el gobierno de López Michelsen–, el diario de la gran prensa política que legitimó la movilización. La línea editorial de *La República* en el proceso del paro cívico de 1977 es relevante porque permite mostrar lo que la gran prensa política usualmente ocultó en los diferentes momentos de conflicto y violencia. *La República* apostó por una confrontación directa a los desatinos gubernamentales de hacer ver el paro cívico como una movilización fracasada. Mientras que los demás diarios abrieron la edición del 15 de septiembre sentenciando la tragedia del paro, *La República* apostó por un titular que revindicaba la participación ciudadana en la jornada: «El pueblo protestó contra el gobierno», y se daba una descripción de los sectores que habían entrado en cese como el transporte terrestre, aéreo y ferrocarriles, además las comunicaciones, la industria y el comercio.[77]

El diario conservador fue directo, además de sus titulares principales, a través de sus columnistas en relacionar la manifestación como un síntoma de descontento con el gobierno de López Michelsen.[78] De igual manera, cuestionó que el gobierno estuviera rescindiendo las libertades civiles[79] y censurando a la radio.[80] En sus editoriales, *La República* descubrió el paro cívico y sus fundamentos –que tanto el gobierno de López Michelsen había querido ocultar apoyado en *El Tiempo, El Espectador* y *El* Siglo–, dio cuenta de su importancia como una movilización que resquebrajó la posición política del presidente y no la estabilidad política, ni los valores republicanos:

> El de ayer fue el más gigantesco espectáculo de protesta, organizado por el pueblo contra un gobierno (...) Lo ocurrido ayer, pues no registra antecedentes. Fue un acto monumental de arrepentimiento, una demostración nítida de inconformidad contra el gobierno más cínico, más inmoral y más incapaz que

[75] Editorial, «A nombre del Mandato Claro», *La República*, Bogotá, 7, sept, 1977, p. 3-A.

[76] *La República* continuó la defensa de su editorial apoyando el Paro cívico controvirtiendo a *El Tiempo*, al que llamó como «el diario de los Santos». Editorial, «Justicia social, doctrina conservadora», *La República,* Bogotá, 8, sept, 1977, p. 3-A.

[77] «El pueblo protestó contra el gobierno», *La República,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1-3-A.

[78] Carlos Delgado Morales, «La protesta de ayer: manifestación de descontento contra el gobierno», *La República,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 2.

[79] «De nuestro editorial», *La República,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1.

[80] «La Radio, amordazada», *La República,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 1.

> ha sufrido la república en el presente siglo (…) Hasta las características de régimen de libertades públicas ha venido perdiendo (…) Nada tan parecido a un régimen totalitario, como esos bandos que leían las radio cadenas ayer, desmintiendo la existencia del paro (…) Lo de ayer fue una grandiosa lección ya no para un gobierno irredento, sino para un partido que se apresta a reemplazarlo en el poder (…).[81]

La República advirtió que la responsabilidad por las vidas perdidas había sido de la fuerza pública, una idea que era inadmisible en la cobertura hegemónica de la gran prensa política bipartidista que provenía de los acuerdos del Frente Nacional:

> Según informaciones extraoficiales suministradas a este diario se supo que el número de muertos es de 74 personas, lo cual no fue posible comprobar debido al hermetismo que hay en las distintas dependencias del gobierno. También se dijo que la mayoría de estas personas perdieron la vida en enfrentamiento con la fuerza pública.[82]

Fue una de las pocas ocasiones en que uno de los grandes diarios del país asumió, aunque de forma tenue, que el gobierno y la fuerza pública fueron responsables de la represión policial y del ejército el 14 de septiembre. *La República* entró de lleno el calificativo «represión» para explicar el proceder gubernamental, dio cuenta del llamado uso excesivo de la fuerza policial, del ataque a los civiles (niños, estudiantes, trabajadores, etc.,), entre otros aspectos:

> (…) Desde la noche anterior, el gobierno, temeroso y solitario, había invadido las ciudades de tropas armadas hasta los dientes, y con la ya consabida intención de atropellar a la humilde población marginada. Fue así como los representantes del régimen, con claras consignas violentas, se lanzaron contra las multitudes inermes, fusil en mano, atropellando niños, mujeres y ancianos. (…) Los muertos, que en paz descansen, fueron en su gran mayoría trabajadores, estudiantes y niños. Luego, en una escena que recordó los viejos tiempos de la tiranía, millares de ciudadanos fueron llevados a la tristemente célebre plaza de todos de la Santamaría, donde se le sometió a toda clase de humillaciones, como realizar largas flexiones, trotar, caminar en cuclillas, todo bajo la amenaza de rifles y ametralladoras (…).[83]

Es claro que *La República* superó los límites autoimpuestos en la dinámica de censura y autocensura, y acuerdos entre gobierno y periodismo, para la cobertura de los temas de movilización social, conflicto social y violencia política, por motivos político-partidistas relacionados con la facción del expresidente Misael Pastrana Borrero, pero tuvo el efecto de romper el consenso periodístico establecido.

La analogía del gobierno de López Michelsen con el antiguo «régimen de la tiranía» haciendo referencia al gobierno de Gustavo Rojas Pinilla fue un punto clave

[81] Editorial, «Despedida de un pueblo», *La República,* Bogotá, 15, sept, 1977, p. 3-A.

[82] «Indeciso número de muertos por el paro», *La República,* Bogotá, 16, sept, 1977, p. 3-A.

[83] «Concluye la semana de la protesta y la mentira», *La República,* Bogotá, 18, sept, 1977, pp. 1-3A.

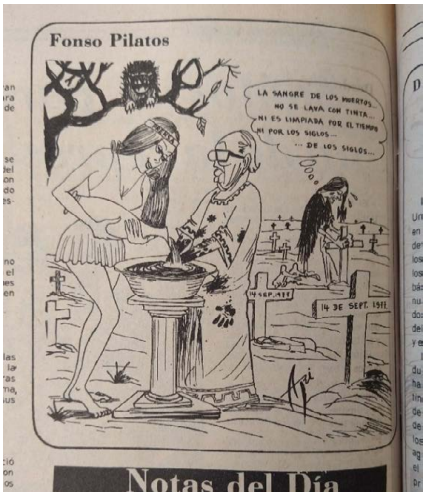
en la presentación de la represión, al hacer referencia al encarcelamiento de los civiles en la Plaza de Toros de la Santamaría –por lo demás, al estilo de las dictaduras del Cono sur–. A lo que más adelante se sumó el señalamiento del presidente Pastrana Borrero, en el sentido de que el Partido Conservador a diferencia del Partido Liberal «es un partido del orden, no de la represión».[84] *La República* permitió que la tensión por la opinión pública tuviera otros elementos formales para construir una visión acerca de lo que estaba ocurriendo en el país. El posicionamiento editorial del diario se debía a la tensión con el gobierno de López Michelsen y el Partido Liberal, e incluso por las disputas dentro del Partido Conservador con la facción laureanista más cercana a *El Siglo*. Sin embargo, sus páginas posibilitaron visualizar la represión ejercida por el gobierno a través de la policía y el ejército, asimismo, resquebrajar, aunque de manera temporal el sistema compacto de comportamiento editorial de la gran prensa política de los años setenta en Colombia.

Figura 3. Transmisión en cadena.



Fuente: La República, 17, sept, 1977, p. 3A.

Figura 4. Fonso Pilatos



Fuente: La República, 21, sept, 1977, p. 4A.

5. Conclusiones

En este artículo se analizó la cobertura informativa que los grandes periódicos colombianos de corte oficialista o bien cercanos al gobierno nacional, como *El Tiempo, El Espectador, El Siglo* y *La República,* hicieron del PCN en septiembre de 1977. Se establecieron tres momentos: la negación mediática del paro, la estigmatización de los organizadores y la justificación de la represión estatal. Así mismo, se mostró que dentro de la homogeneidad editorial de la prensa política hubo momentos en que las condiciones del contexto político y partidista llevaron a que algunos de los diarios tuvieran una posición distante de la línea establecida entre el gobierno y la prensa, tal y como se pudo observar con la postura de *La República*

[84] «Somos un partido del orden, no de la represión: Pastrana», *La República*, Bogotá, 21, sept, 1977, pp. 1-3A.

de cara al PCN y el gobierno de Alfonso López Michelsen, cuando puso sobre la discusión pública la idea de represión, algo pocas veces visto por la prensa nacional bajo el consenso frente nacionalista.

Este estudio destaca la importancia de analizar la gran prensa política para comprender los vínculos entre los medios y el contexto histórico, político y social. Desde ahí se entiende que el comportamiento entre la prensa política y el gobierno estuvo mediado por interdependencias que se estructuraron desde el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla en los años cincuenta y las dinámicas de autocensuras que se definieron durante el Frente Nacional en tanto que nuevo pacto político en favor de la pacificación. Este marco ayuda a explicar por qué un periódico conservador como *La República*, aunque parte de este grupo de medios mayoritario, adoptó una posición de contienda política frente al gobierno en relación con el PCN, influido por su afiliación al Ospino-pastranismo y su tensión con el conservatismo de la facción laureanista y el liberalismo oficial.

Por último, conviene profundizar en las dinámicas de la gran prensa política para hallar mayores diferencias entre su comportamiento editorial. Lo que se puede complementar con una perspectiva comparativa con impresos alternativos o de la izquierda que se posicionaron editorialmente en el mismo periodo de estudio como fue la revista *Alternativa,* el diario *Voz Proletaria,* entre otros. Lo que da cuenta de una riqueza en la cultura impresa y periodística de Colombia en los años sesenta a ochenta, que debe seguir siendo explorada en su relación con el poder político y la acción colectiva.

6. Bibliografía

Fuentes primarias

El Tiempo, (Bogotá) 1977.

El Siglo, (Bogotá) 1977.

La República, (Bogotá) 1977.

El Espectador, (Bogotá) 1977.

Fuentes secundarias

Acevedo Tarazona, Álvaro, y Villabona, Juliana. «La prensa como fuente documental para el análisis y la investigación social». *Historia y Memoria* 20 (2020).

Acevedo Tarazona, Álvaro. *Modernización, conflicto y violencia en la Universidad en Colombia: AUDESA (1953-1984).* Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2004.

Acuña, Olga. «Censura de prensa en Colombia, 1949-1957». *Historia Caribe* 8.23 (2013).

Archila, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia – CINEP, 2003.

Ayala Diago, César. *Anocheció de golpe. Colombia entre la fiesta política y la ilusión, 1953-1954*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2023.

Ayala Diago, César. *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional. Una aproximación desde el análisis crítico del discurso (ACD)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.

Borrat, Héctor, y Fontcuberta, Mar De. *Periódicos: sistemas complejos y narradores de interacción*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones, 2006.

Correa, Jhon Jaime, et al. *Botas militares para salvar la democracia: miradas a las acciones de pacificación en la gobernación de Caldas, 1953-1964*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2020).

Gil Pérez, Anderson Paul, «Estudios históricos de la prensa. Fuente primaria, objeto de investigación y actor político». *Fuentes Humanísticas* 34.64 (2022).

González Calleja, Eduardo. *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales.* Madrid: Siglo XXI, 2017.

Guerrero, Javier. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia*. Bogotá: IEPRI, 1991.

Gutiérrez Sanín, Francisco. *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia, 1958-2002*. Bogotá: Editorial Norma, 2007).

Hartlyn, Johathan. *La política del régimen de coalición, la experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.

Karl, Robert. *La paz olvidada. Políticos, letrados, campesinos y el surgimiento de las FARC en la formación de la Colombia contemporánea*. Bogotá: Librería Lerner, 2018.

Marín, Luis Felipe. *La normalidad en disputa. El parto cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 en las ciudades de Manizales y Pereira,* (tesis de Maestría en Historia), Universidad Tecnológica de Pereira, 2022.

Medina, Medófilo. *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: Ediciones Aurora, 1984.

Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, 1978.

Palacios, Marco. *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: FCE, 2012.

Pécaut, Daniel. *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Editorial Norma, 2006.

Pécaut, Daniel. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.

Posada Carbó, Eduardo. «Prensa y democracia en la historia de Colombia» *Un papel a toda prueba: 223 años de prensa diaria en Colombia,* 2012.

Río, Manuel A. «Usos y abusos de la prensa como fuente de datos sobre acciones colectivas». *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 16.1 (2008).

Roll, David. *Inestabilidad y continuismo en la dinámica del cambio político en Colombia*. Bogotá: ICFES, 1999.

Valencia, Alberto. *La invención de la desmemoria. El juicio político contra el general Gustavo Rojas Pinilla en el Congreso de la República (1958-1959)*. Cali: Universidad del Valle, 2015.

Vallejo, Mary Luz. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Editorial Planeta, 2006.